EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION

En México ..... $ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados ..... 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América.. 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO VIII. TOMO. XIV. NUM 9.

MÉXICO, MARZO 2 DE 1890.

DIRECCION Y ADMINISTRACION.
CALLE AMOR DE DIOS NUMERO 7

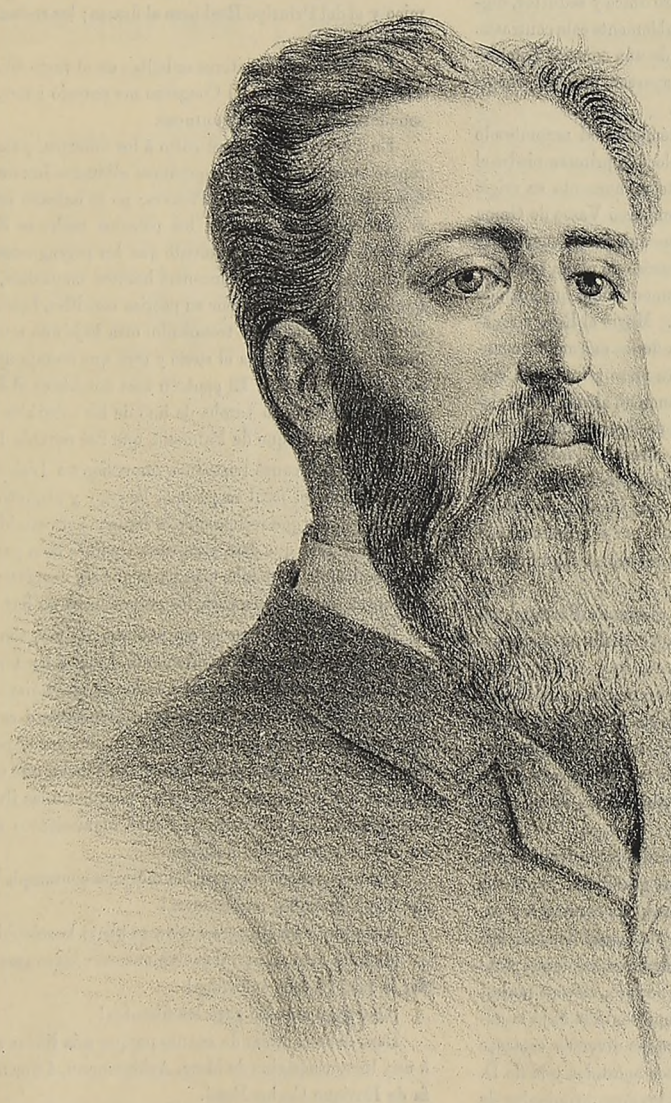
CONDICIONES DE LA SUSCRICION

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,

Un periódico mercantil y de noticias.

La suscricion es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.



ALEJANDRO PIDAL Y MON, EMINENTE ORADOR ESPAÑOL.

UN VERANO EN PORTUGAL.

Deseando visitar el pueblecito de Belem, que dista media hora de Lisboa, me embarqué en un vaporcito por considerarlo más cómodo que un viaje por tierra en el tranvía. Surcábamos el Tajo saludando á Lisboa, á la gigantesca matrona asomada majestuosamente al borde del caudaloso río que besa blandamente sus piés de alabastro, reclinados en alfombra de esmeralda, mientras arrulla sus sueños de amor con el murmurio de las corrientes cristalinas, cuando observé que el Tajo perdía su serenidad habitual, pareciendo más bien un agitado golfo que un manso río. Sus encrespadas olas rugían al chocarse, salpicando nuestros rostros con amargas gotas de agua; el vapor nos conducía con vertiginosa rapidez, rompiendo con su quilla las espumas, y dejando una ancha estela que pronto borraban las olas, levantando montañas de espuma. Acostumbrada á ver la tranquila superficie del Tajo, reflejando cual luciente espejo las siluetas de los peñascos cortados, las sierras de Cintra, la morisca torre de San Vicente, el cimborrio de la Estrella, el castillo de San Jorge y las chimeneas de las fábricas que oscurecen el horizonte con sus espirales de humo, formando este conjunto un cuadro dulce y seductor, digno de la bahía de Nápoles, me sorprendió notablemente este contraste. Confieso que al ver el Tajo embravecido, gocé de una emoción completamente nueva para mí, pues el espectáculo aparecía ante mi imaginación con el carácter de un fuerte temporal.

Llegamos sanos y salvos á Belem, dirigiéndonos al renombrado monasterio que habitaron los Gerónimos. Colocó la primera piedra el Rey Manuel denominado el Venturoso. Este monumento se erigió con objeto de hacer célebre el sitio donde se embarcó Vasco de Gama cuando fué á levantar una punta del velo que cubría las suspiradas costas de la India, ante los ojos de Europa. Trazóse un plano tan complicado, de tan exquisito gusto y delicada ornamentación, que no pudo un sólo reinado terminar obra tan grandiosa. Murió el Rey, y todavía no había oscurecido el tiempo la blancura de los mármoles, cuando los frailes Gerónimos, creyendo que la obra no se terminaría, empezaron á destruir la simetría de la fachada principal, abriendo á un lado y otro celdas de mezquina construcción, y desfigurándola al sustituir el estilo gótico florido por la arquitectura clásica. El monumento *manuelino*, como se denominó á éste y todos los que se hicieron en la época de D. Manuel, sufrió gran transformación al ser continuado por D. Juan III, que rechazó el plano primitivo trazado por el arquitecto con mucha gracia y primor, con gran poesía en los relieves, y significativa expresión en los emblemas.

Este monumento, epopeya artística de las glorias de Portugal, refleja la época de transición de un pueblo en sus transformaciones sociales, pues en los monumentos se retrata el estado y carácter de la nación que los erige. La estrella de Portugal empezó á eclipsarse en el reinado de D. Juan III, luchando el trono entre la vida y la muerte con los elementos deletéreos que minaron su base, con el cáncer que roía sus entrañas. En esa época de desdicha se resintió el arte de los disturbios políticos, de la discordancia que había en las ideas, de la volubilidad, las luchas y vacilaciones.

El monasterio de Belem, que ha pasado por distintas evoluciones, conserva algo de su esplendor de otros días; sus grandiosos arcos, sus caladas ojivas, sus almenas, sus labrados pilares, sus columnas y capiteles se hallan vestidos con encaje de mármol de la más delicada filigrana. Encierra alguna riqueza en pinturas, mármoles, maderas, plata y oro. Sobre el remate del arco principal del pórtico, elévase majestuosamente una gran estatua de la Virgen, representada bajo la advocación de Nuestra Señora de Belem. Entre las diversas estatuas de este monumento, recordamos las de los doce apóstoles y la de D. Enrique, Duque de Viseo, ilustre iniciador de los descubrimientos de los portugueses.

Aunque estas estatuas no tienen gran corrección en el dibujo, y armonía en las proporciones; aunque carecen de ese toque sublime del cincel, de esa chispa, divina emanación del genio, que da expresión al rostro, movimiento á los miembros y ondulación á las ropas, se hallan tan bien dispuestas, y tan cercadas de bellezas arquitectónicas, que sorprenden al observador. A este monumento le hace muy venerable su historia, prestándole el pardo matiz del tiempo gran encanto y majestuosidad.

Después de admirar el histórico monumento, pasé á visitar el palacio de Belem, mansión destinada á los huéspedes regios que visitan á Lisboa. Es suntuoso, y se halla cubierto con damascos, fabricados en el país, y decorado espléndidamente. Tiene un magnífico picadero.

Entre las ricas porcelanas que admiré en dicho palacio, llamaron mi atención dos jarrones de Sevres, regalados á Luis I por su padrino Luis Felipe; están valuados en diez mil pesos. Contigua al palacio hay una quinta, adornada de parterres, lagos, grutas, cascadas y bosquecillos frondosos.

La familia real tiene muchos palacios, situados en distintos puntos de Portugal; pero el que habita generalmente es el de Ajuda, desde donde se domina el gran movimiento de la rada. Dicho palacio, que dista una hora de Lisboa, es de mármol y el vestíbulo tiene muchas estatuas alegóricas, obra de escultores portugueses. La biblioteca es magnífica, porque el Rey ama las letras y las artes, como lo prueban sus extensas galerías de cuadros.

Lisboa tiene buenos teatros, entre ellos el de María II, el de San Carlos para la ópera italiana, el del Gimnasio para los espectáculos de funámbulos y prestidigitadores, el de la Trinidad para el género cómico y el del Príncipe Real para el drama; los restantes no tienen importancia.

Las cámaras legislativas se hallan en el vasto edificio que fué convento de San Benito; el Congreso me pareció pobre, pero el salón de senadores es elegante y suntuoso.

En Lisboa rinden gran culto á los muertos, pues en el campo del reposo eterno les erigen riquísimos alcázares funerarios. El cementerio principal se apellida *Placeres;* no es extraña esta denominación si se atiende á que uno de los palacios reales se denomina Necesidades, lo que indica claramente que los portugueses son muy aficionados á las antífrasis. Encontré bonitos mausoleos, pero las tumbas que más me agradaron por su poética sencillez, fueron una que se encontraba bajo un árbol tronchado, otra bajo una cruz con uno de sus brazos inclinados hacia el suelo y otra que semeja un tronco desgajado por la tempestad. El panteón más notable es el de la familia Palmella, que parece la tumba de uno de los soberbios Faraones. Yace allí el primer Duque de Palmella, que fué notable diplomático.

Lo que me causó tristísima impresión en Lisboa, fué el hospital de alienados; el local es pésimo, lóbrego y pequeño, sin ninguna de las condiciones que recomienda la higiene para establecimientos de este especie. Más que casa para sanar, parece casa para enloquecer..... Un manicomio es mucho más triste que un cementerio. Los muertos descansan en paz, pero para los pobres locos no hay reposo.

Estos desdichados seres sin mañana ni ayer, son insensibles á los goces del espíritu, y frecuentemente hasta á las sensaciones físicas. Los enajenados son cadáveres dotados de movimiento, cuerpos sin alma, estatuas giratorias, autómatas sentenciados á caminar sin rumbo fijo, vagando de un lado á otro abrumados por el peso de la existencia. La expresión de sus rostros es tan helada, que causa pánico; sus pupilas, sin luz, parecen de cristal, porque no las ilumina un rayo de inteligencia; sus músculos no tienen movimientos espontáneos; hay en ellos la rigidez del idiotismo.

¡Cuán pequeños aparecen los mortales contemplados en esos antros del dolor, llamados manicomios!

Ante tan horrible perspectiva se abate la soberbia humana.

¡Cuánta miseria moral suelen encerrar las causas que hicieron perder la razón á esos enfermos!

¡Qué gran estudio para los filósofos!

Pero debo cambiar de asunto porque mis líneas se van pareciendo á una luctousa página de Mme. Ackeermann, á una melancólica estrofa de Enrique Carlos Read.

La patria de Viriato se distingue por la delicada cortesía de sus ciudadanos. Es completamente absurda la preocupación de que ese pueblo aborrece á los españoles. Faltaría á un sentimiento de justicia si no intentara desvanecer tal error. Lo que les sucede á los portugue-

ses es que se exaltan cuando oyen hablar de la unión ibérica, pues brilla en ellos gran sentimiento de independencia, y es natural que no quieran asociarse á otra nación.

Exclaman con razón no escasa: *Nos queremos as nossas tradicoes á nosa historia os nossos cottumes, tudo en fin ó que representa é constitue una nacionalidade.* Los portugueses seméjanse á Temístocles, por el amor á la patria, ó al ibis, pájaro de Egipto, que cuando lo sacan de su tierra se suicida, muriendo de inanición por no querer cómer.

Los portugueses acogen con gran entusiasmo á los literatos españoles y les proporcionan cuantos datos y libros necesitan para estudiar el país. ¿Y cómo no han de simpatizar españoles y portugueses? La lengua portuguesa y la lengua española tienen el mismo origen, son dos ramas nacidas en el mismo tronco. España y Portugal son dos pueblos hermanos; una es su raza, una su historia, una su situación geográfica y unos sus principales ríos, pues el Duero, Tajo y Miño bañan provincias portuguesas y españolas. La gloria de Camoens no es inferior á la de Cervantes; el mismo laurel corona á Colón y á Vasco de Gama; la misma rama de mirto enlaza los nombres de Lafuente y Herculano. Si Espronceda es nuestro, á los portugueses debemos la Teresa que el gran poeta inmortalizó. —*(Concluirá.)*

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

GUERLAIN.—Perfumería 15 Rue de la Paix.—**PARIS.**

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON.

No teman nuestros lectores que vayamos á escribir un artículo *mestizo* en forma de apología de D. Alejandro Pidal. Los artículos *mestizos* y también los *íntegros* pasaron ya de moda; nuestro buen amigo D. Juan Antonio de Almela es el único que toma todavía esas cosas en serio. Hemos convenido ya en que una cosa es la religión y otra la política, y en que, si bien los católicos debemos defender ante todo y sobre todo á nuestra Santa Madre la Iglesia, no hay peligro para nuestra salvación en desear que Cánovas del Castillo sea Presidente del Consejo de Ministros, ni aun en que Elduayen ocupe el Ministerio de Estado.

Ya las cosas en este punto, es indudable que, si algunos siguen aún disputando de *tesis* y de *hipótesis*, de *íntegros* y de *mestizos*, no es más que por un efecto de la velocidad adquirida ó de la *fuerza de inercia;* pero por la misericordia de Dios pasaron los tiempos en que se creía por bonísimas personas que aceptar una credencial de 4,000 reales era ponerse en camino de condenación eterna. No diré yo aquí porqué argumentos sutiles y profundos se ha llegado á una conclusión práctica, tan halagüeña y tranquilizadora para muchas familias; el que sobre el asunto quiera más amplios informes, que pregunte á Isern, y si por desgracia no le encuentra, el mismo Hidalgo podrá satisfacer su curiosidad cumplidamente.

Es inútil ir contra la realidad de las cosas. El catolicismo, ni como sistema religioso, por el mismo Dios revelado, ni como Iglesia universal, por el mismo Dios establecida, cabe dentro de un partido político, ni aun de una escuela filosófica. Todo intento de achicar el catolicismo á la medida de las ideas, sentimientos ó preocupaciones dominantes en una nación ó época determinadas, ha de resultar ridículo, y volverse á la postre contra sus propios autores.

Tengo sobre la mesa el magnífico número que de *La Ciudad de Dios* acaban de repartir los Padres Agustinos. Trae por cabeza un artículo soberbio de Fr. Conrado Muiños, escrito como Fr. Conrado sabe escribir, y en ese artículo se leen, entre otras proposiciones, las siguientes: "*Una de las cosas que más daño han causado al Catolicismo en nuestros días, es el espíritu estrecho de no pocos polemistas católicos, empeñados en no hacer la debida distinción entre lo divino y lo humano, entre lo necesario y lo libre, y en imponer como verdades dogmáticas proposiciones relacionadas, sí, con el dogma, pero con relación demasiado lejana, en las cuales el espíritu amplísimo de la Iglesia ha dejado absoluta libertad á sus hijos....*" "*.... muchos no aman á la Iglesia, porque erróneamente consideran sus doctrinas incompatibles con ciertas teorías científicas modernas.*" ¿A qué copiar más? Ya con lo transcrito se ve el sentido de la *Revista Agustiniana*, que es también el nuestro.

Y que ha sido siempre el del grande orador católico, cuyo retrato aparece en la primera página. El *mesticismo*, como escuela, como partido ó subpartido dentro del conservador, ha nacido y vive, no merced á Pidal, sino á pesar de Pidal. Pidal no es *mestizo* propiamente dicho. Pidal ha predicado siempre la conciliación de los católicos, la unión en el terreno religioso bajo la conducta de los Obispos, únicos jefes de los católicos como tales católicos, y el respeto á la honesta diversidad de opiniones que caben en la ciencia, en el arte y en la política entre los mismos católicos. Con estas ideas, cierto es que otros que no son Pidal, han formado una especie de bando tan cerrado como el que combaten; pero de eso Pidal no tiene la culpa.

La filiación religioso-política y aun científica y literaria del Sr Pidal y Mon hay que buscarla en la gran escuela que brilló con Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de París, y con O'Connell sobre las verdes colinas y los no menos verdes llanos de Irlanda. Si Pidal hubiera vivido en la Italia de Carlos Alberto, su elocuencia hubiera estado al servicio de aquel partido italianísimo; pero güelfo, que soñaba con libertar la Lombardía del yugo tudesco por una nueva batalla de Legnano, Pío IX lo hubiera oído tronar en la *Consulta* contra la demagogia antipapal, y contra los partidarios del antiguo régimen. Sólo, después del asesinato de Rossi y de la fuga á Gaeta, Pidal hubiera renunciado al hermoso porvenir de la confederación italiana, presidida por el Pontífice, y de la alianza indisoluble entre lo antiguo y lo moderno.

Las circunstancias no han favorecido á Pidal. A su carácter de tribuno y orador ha faltado teatro. Él es el verdadero restaurador de las comunidades religiosas en España; pero su restauración no ha podido llevarla á cabo del modo épico como O'Connell restauró la libertad de Irlanda, ni del modo dramático como Lacordaire se presentó, vestido de dominico, á los diputados de la Asamblea Constituyente. Ha sido una restauración obscura, conseguida por medio de cabildeos, conferencias y cartas de recomendación. Ha tenido que hacerse liberal-conservador para lograrla. Pero por eso ¿ha sido menos eficaz? ¿Producirá menos frutos? ¿Será menos meritoria para el restaurador?

Después de su admirable campaña de 1875 contra el ministerio Cánovas, Pidal calló. No se volvió á oir en las Cortes su elocuentísima palabra hasta que subió al poder con Cánovas en 1884. En ese largo período de silencio fué, sin embargo, cuando Pidal prestó á la Iglesia española los más señalados servicios. Todos los días negociaba con el Gobierno el restablecimiento de alguna comunidad religiosa. Todos los días lograba que se diesen socorros á esta ó á la otra Diócesis, que se restaurase este ó el otro Seminario, que los Sacerdotes más sabios y ejemplares ocupasen los primeros puestos en la Iglesia y en la sociedad.

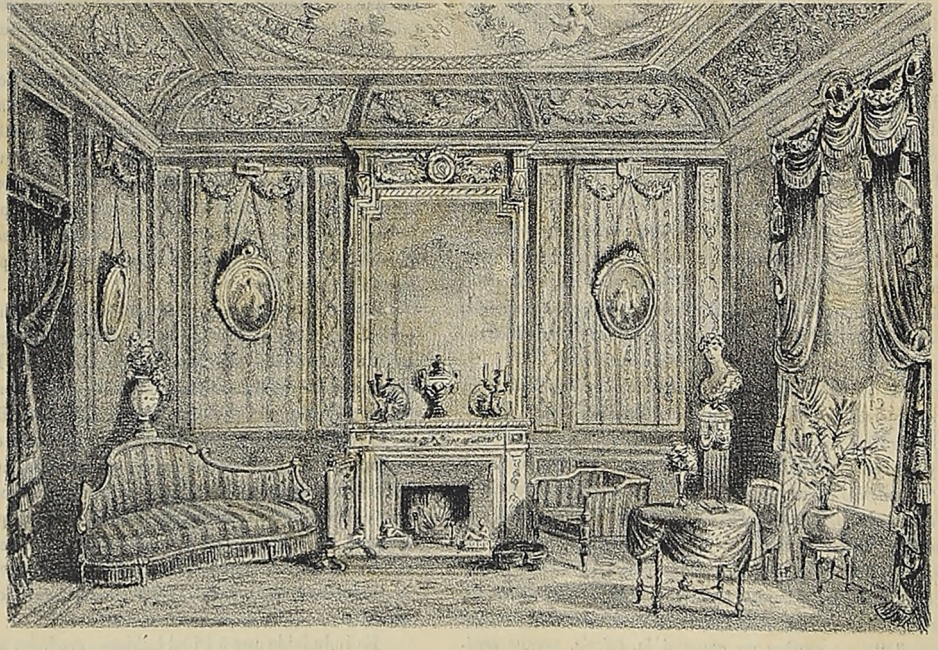
Hay muchos que dicen: nada de eso debió hacer Pidal. No debió salir de pronunciar discursos y más discursos en las Cortes. En nuestra época positivista no dejan de abundar las gentes sencillas, enamoradas de lo inútil. Una frase bonita, al final de un párrafo rimbombante, vale para esa gente más que todas las buenas obras. ¿Qué significa un convento? ¿Qué se logra con que España esté llena de jesuítas, dominicos, agustinos, capuchinos y Hermanos de la Doctrina Cristiana? A todo eso puede renunciarse por el placer de oir un discurso de oposición.

La escuela religioso-política en que Pidal se ha educado se distinguió siempre por el carácter práctico de su propaganda y de su acción: es la única que en este siglo ha logrado frutos. De Maistre maldijo al mundo elocuentísimamente, lo cual es muy bonito y da gusto leerlo; pero O'Connell fué el que libertó á Irlanda. Donoso decía que *entre la razón humana y el error hay amor de madre é hijo*, y esto, la verdad, agrada por su mismo atrevimiento; pero Balmes fué el que restauró la filosofía cristiana. Veuillot, ¡oh! ¡qué bien escribía! pero no fué él, sino el doctrinario Lacordaire, el que consiguió que los religiosos volviesen á Francia después de medio siglo de proscripción.

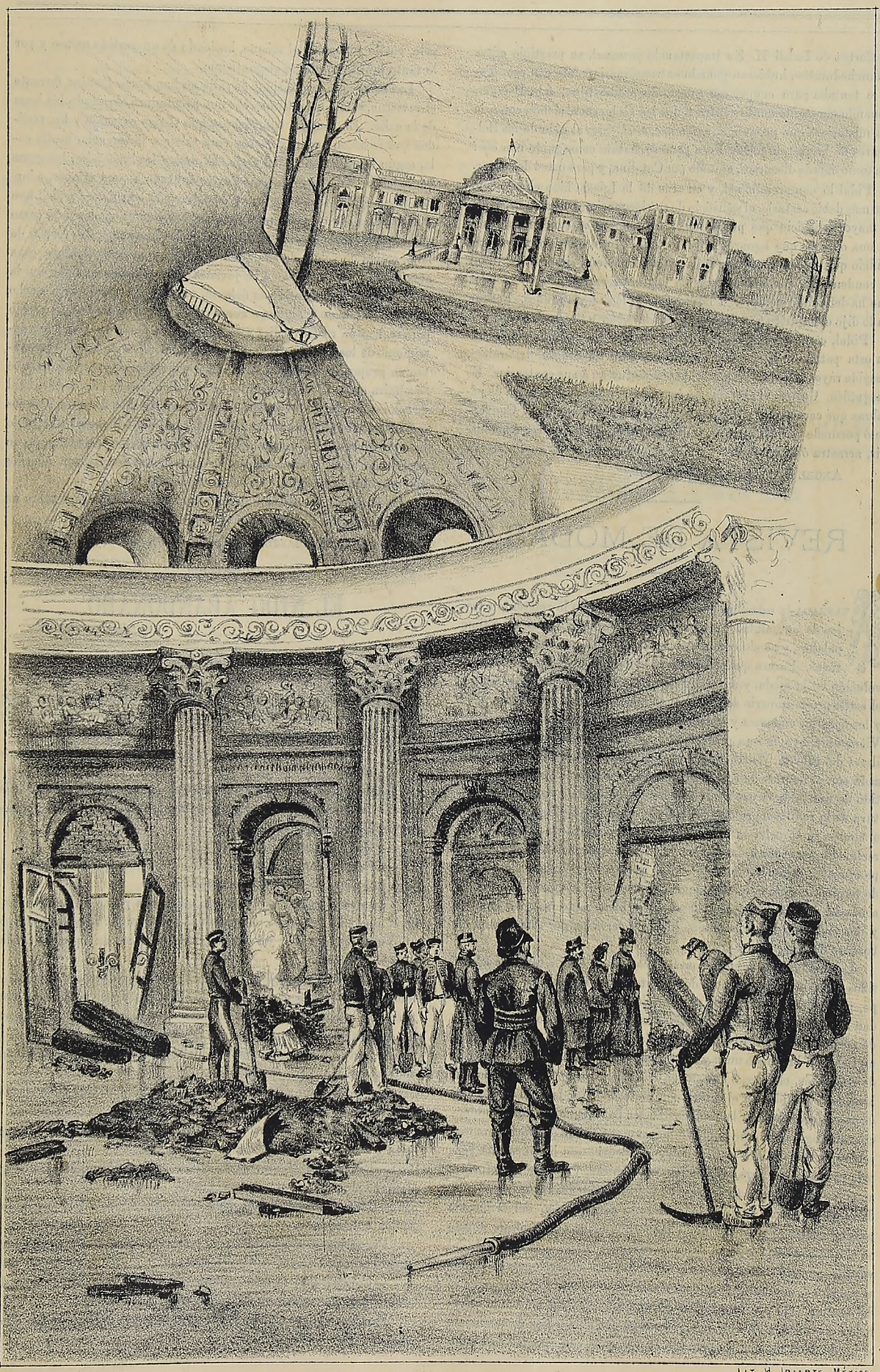
Ya sabemos que nada significa el éxito, y que la victoria no siempre favorece al más digno. Pero ¿es cuerdo entrar en batalla con la idea preconcebida de salir derrotado?

Es indudable que á Pidal hubiera agradado, más que ser Ministro, representar en nuestras Cámaras el papel que representó Aparisi en

UN BESITO AL ABUELO.



"BOUDOIR" ESTILO IMPERIO.



LIT. H. IRIARTE MÉXICO.

El Palacio antes del incendio.

Bruselas.—Incendio del Palacio Real de Laeken.—La Princesa Clementina asistiendo al descubrimiento del cadáver de la Srita. Drancourt.

las Cortes de Isabel II. Su importancia personal, su prestigio entre la muchedumbre, hubieran ganado extraordinariamente con eso. Todo le tentaba para ocupar ese puesto de orador libre, á lo Berryer, tronando constantemente contra todos los Gobiernos, siendo como la voz misteriosa que pronunciara el *mane, tecel, fares* al oído de los Baltasares de la restauración. Pero ¿qué se habría conseguido con eso? Un tomo más de discursos, editado por Catalina, y pare usted de contar.

Pidal lo comprendió así, y en aras de la Iglesia hizo el sacrificio que más debió costarle, el sacrificio de su elocuencia. Decía Aparisi que el mayor sacrificio que puede hacer un hombre es condenar al fuego una obra de que aguarde la inmortalidad; un orador el mayor sacrificio que puede hacer sin duda es condenarse al silencio. Y Pidal se condenó. Se condenó en aras de los intereses religiosos y sociales que ha defendido siempre. Y no se hable de los bueyes mudos. Porque ya lo dijo el Espíritu Santo: *hay tiempo de hablar y tiempo de callar.*

Pidal, como orador, es uno de los más insignes que han florecido en esta patria de la elocuencia. Convencido, impetuoso, tribunicio, despide rayos que iluminan á los suyos y ofuscan á sus contrarios. Es magnífico. Cultiva el párrafo, esa hermosa combinación rítmica de palabras que caracteriza y distingue á la elocuencia castellana. Convence ó persuade ordinariamente, y cuando no puede convencer ó persuadir, arrastra ó deslumbra.

ANGEL SALCEDO.—Madrid, 1890.

REVISTA DE MODAS.

AVANZADA la estación, parecía estar dicho todo lo referente á trajes de actualidad, pero la moda no ha dicho nunca su última palabra, y puedo comunicar todavía á mis lectoras grandes noticias. Parece que el nuevo año quiere distinguirse por una revolución en la moda, y sin transición, bruscamente y como por asalto, el estilo greco-imperio será derrotado por las hechuras del siglo XVI y los *ligueros, mignones* y *mosqueteros* reemplazarán al estilo *Directorio.* Viene en apoyo de esta profecía el traje que acaba de salir de los talleres del célebre Worth, y que el conocido sastre parisien ha bautizado con el nombre de *vestido Margarita de Valois.* Compónese el vestido de una falda de cachemir gris oscuro, recogida de un lado á la altura de la rodilla sobre otra falda de terciopelo epinglé gris más claro: el cuerpo se abrocha en biés desde el hombro izquierdo al costado derecho con pequeños botones bola y formando pliegues como un echarpe cruzado, completando este cuerpo encima una chaquetilla abierta de terciopelo gris, muy ceñida por detrás y bordados los delanteros de soutache de plata: mangas de terciopelo, bien drapeadas en el hombro y descendiendo hasta la mano, justas y cerradas por una docena de botones de bola.

Las mangas de terciopelo en los vestidos de lana están más admitidos cada dia, y será la nota dominante de los vestidos de entretiempo, pero es necesario que no sean un detalle aislado, sino que respondan á algún otro toque del vestido: una falda color de nuez, abierta de adelante con la orilla derecha caída y la izquierda drapeada sobre un delantal brochado nuez y nutria con tira en el borde de terciopelo de este color, el cuerpo abierto en delanteros drapería sobre plastón brochado y unidos en el centro con muletillas de plata, el cuello alto de terciopelo nutria y las mangas largas del mismo, es una combinación distinguida que he podido admirar como traída de París para una señora de nuestra aristocracia. Tiene además esta hechura una ventaja inapreciable para las señoras económicas, y es, poder reformar aquellos vestidos que se desgracian por un accidente cualquiera ó que, demasiado vistos, se quieran variar: la combinación del terciopelo puede hacerse extensiva á una chaquetilla encima del cuerpo, si éste es el que conviene ocultar, dejando entonces las mangas de la tela del vestido, y puede asimismo en la falda ponerse el terciopelo en cintas al rededor ó una quilla ó solapa, como mejor ajuste á las necesidades del vestido. He podido admirar en una niña de doce años uno reformado, cuya falda de seda azul, se alargó con ancho biés de terciopelo al borde de la misma, y el cuerpo se adornaba con mangas de terciopelo, cuello y plastón del mismo, haciendo de un vestido escaso y por lo tanto inútil, un atavío elegantísimo.

Las colas para los vestidos de calle no han hecho fortuna durante el invierno, siendo poquísimos los que se admiran barriendo las losas de la calle. En cambio, las personas que tienen carruaje y los vestidos que se hacen exclusivamente para salones, llevan cola, media cola, según la importancia del traje. El raso y los brocateles, las gasas bordadas de seda y oro, hacen atavíos suntuosos para salones, adornándose algunos trajes de raso y de terciopelo con tiras de piel, que es el colmo de la riqueza; pero como la moda no es exclusivista como quieren suponer, autoriza vestidos de gasas moteadas, de crespón de lana, eolina de velo y de cualquier tejido de lana fina y flexible, para atavíos de salón destinados á las jóvenes. Uno de estos vestidos con la falda cruzada y drapeada por delante, un cuerpo cruzado bajo ancho cinturón anudado y algunas flores, constituyen el traje más propio para realzar un rostro de diez y seis años. Las flores vuelven á ser patrimonio de los vestidos de baile, y los modelos de este año las presentan en grupos, en guirnaldas, en bertas y hombreras; otro adorno que se admira en los actuales vestidos de sociedad, son los flecos de cristal de colores iguales á los vestidos ó en tonos multicolor, flecos anchísimos que se colocan al borde de un delantal ú orillando un escote, bajando hasta el mismo talle. Los encajes y las plumas como decoración de un vestido de baile, no hay para qué enaltecerlos porque son adornos siempre dignos de figurar en primer término.

De abrigos no es ocasión de hablar, porque varían todos sobre un tema ya obligado y descrito: el redingot y la chaqueta sastre.

JOAQUINA BALMASEDA.—Madrid, Febrero 4 de 1890.

EL NIDO ABANDONADO.

(CONTINUACIÓN.)

EMBEBECIDO estaba una noche en nuestra amorosa plática, cuando me hizo volver á la vida real el contacto de una mano que se posó en mi hombro.

Aquella mano ardía, y sin embargo sentí frío en el corazón.

Estaba perezoso de despertar de aquel sueño embelesador; mas la mirada del hombre que se presentó ante mí, hería mi vista cual la hiere el reflejo de un cristal.

—¿Qué quereis? le interrogué con voz de trueno.

—Mataros, contestó lacónicamente el hombre que tenía ante mí, que era joven, elegante y bien parecido.

Comprendí sería un adorador de mi amada y que un duelo alcanzaría lo que mi deseo fué insuficiente á conseguir: un próximo enlace.

Volví los ojos á la joven para darla mi alma en aquella mirada, pero había huído.

Me contrarió su exceso de cobardía cuando yo estaba dispuesto á morir por ella, mas el amor todo lo disculpa, y volviéndome al perturbador de mi dicha, le dije tranquilo ya:—Estoy á vuestras órdenes.

El desconocido se puso en marcha y yo seguí á su lado.

Ni una palabra interrumpió aquel unísono compás que formaban nuestros piés al tocar las baldosas.

Llegamos á un sitio inhabitado, y parándome ante él le corté el paso diciendo: —Creo que estamos en buen sitio. ¿Traeis armas?

—Sí; venía dispuesto á morir ó á mataros, pero continuemos algo más y encontraremos padrinos.

—¿Padrinos? No hay necesidad de testigos; la reputación de una mujer vale más que nuestras vidas.

—Muy defensor estais de honras ajenas; dejad ese cuidado á quien corresponde.

Por un momento pensé si aquel sería hermano de mi amada y juzgaba mal aquellas entrevistas nocturnas.

—Caballero, le dije; no quiero que tómeis mis palabras por disculpa, pero conceptúo un crimen faltar á una mujer.

Una carcajada sarcástica rodó por el espacio enloqueciendo mi cerebro.

—¡Las armas! grité fuera de mí.

—Tomad, me dijo mi adversario presentándome dos pistolas: supuesto que no quereis testigos, arreglad las condiciones del duelo; una y otra están cargadas, examinadlas.

—Basta, caballero, basta vuestra palabra.

—¿Condiciones?

—Descargad una y cubrid las dos con un pañuelo; al azar tomemos una y que la suerte decida á cinco pasos.

Hízolo así, y me preguntó como pesaroso de matarme.

—¿Deseais algunas explicaciones? ¿Teneis algo que disponer?

—Nada; si vos quereis algo, tomad el tiempo que necesiteis.

—Gracias, todo está arreglado.

—Teneis la elección.

El desconocido tomó una y yo acepté la que quedaba.

Nos pusimos á la distancia convenida y mi adversario gritó con apagada voz:

—¡En guardia!

El debía disparar primero, y al hacerlo, exclamó:

—¡Perdone Dios á la adúltera!

Un grito y una detonación se confundieron en el espacio.

Mi cuerpo vaciló ante la impresión que me causaron aquellas palabras y caí en tierra sin sentido, dañado más por la herida del alma, que la causada por el arma de mi adversario.

La herida fué en el brazo izquierdo y la curación no dificultosa; la del alma es incurable.

Adolfo guardó silencio y Lolita le interrogó:

—¿Y después, Adolfo, y después?

—Después he borrado su nombre de mi corazón.

—¿Cómo se llamaba esa infeliz?

—¿La compadeceis?

—Mucho.

—Su nombre es Adela.

—¡Adela! repitió Lolita convulsa, ¡Adela!

—¿La conoceis?

—¡Ah! no, no; no conozco á ninguna Adela, mintió Lolita temerosa huyese de ella por no encontrar á la ingrata; pero su agitación era tan visible, que el alemán la preguntó:

—¿Os sentís mal?

—Esta atmósfera tan pesada me hace daño.

—Os llevaré á un salón de descanso hasta que os tranquiliceis.

Lolita guardó silencio y Adolfo la condujo á otro departamento lujosamente amueblado, pero casi desierto.

—Sentaos, amiga mía, la dijo el alemán, sentándose á su lado. Y tomando la mascarilla que su compañera acababa de quitarse, la contempló frente á frente.

—Os he dado un mal rato y me pesa, la dijo con dulce acento.

—¿Mal rato? No; terminad, terminad las páginas de esa historia; creo ha quedado en lo más interesante.

—No, Lola; está terminada.

—¿Cómo se disculpó con vos?

—Os dije que borré su nombre de mi corazón.

—¿Y los recuerdos?

—¡Recuerdos! Sólo recordé su infamia; Lola, aquella mujer había destrozado mi corazón en el que no cabía el odio ni la venganza, pero sí el desprecio.

—¿No habeis vuelto á amar?

Adolfo guardó un silencio significativo.

—¿Y si encontráis en vuestro camino otro imposible?

—Conociéndolo, no llegaría á él.

—Quien tanto domina su corazón, no ama.

—¿Creeis que no amé á Adela? ¿que soy insensible á este sentimiento?

—Creo, dijo Lola, dominando su dolor y disponiéndose á marchar, que debemos separarnos.

—¡Lola! yo no amo á Adela; no os vayais de aquí, os lo suplico. ¿Me juzgais un hombre sin alma? ¿creeis que mi corazón no responde á vuestro corazón? Sí; yo he adivinado ese misterioso eco que llamaba á las puertas del mío, he visto reflejarse en vuestros ojos toda la ternura de vuestro corazón, os he contemplado inquieta toda una noche, porque no me hallásteis aquí, Lola, y estaba muy cerca de vos; he leído todas las sensaciones de vuestra alma y yo no puedo menos de pagaros con todas las ilusiones de mi vida. ¿Pero llorais? ¿Puede ofenderos mi amor? ¿Cómo quereis que os diga que os adoro?

—Ese amor será el amor de un día. Acaso mañana no querais ni mi amistad. Oídme, Adolfo.

El alemán palideció mortalmente, y su agitación era tan fuerte, que se podían contar los latidos de su corazón; su mirada ansiosa devoraba á Lola, mientras sus manos trémulas oprimían la mascarilla que aún conservaba en la mano.

Un grito ahogado se escapó del pecho de Lola y el terror se dibujó en su semblante.

Abelardo se presentó en la estancia, en la que sólo se encontraron los tres.

—Tengo que hablaros, caballero, le dijo al alemán con voz de trueno.

—Ya sé lo que quereis y estoy á vuestras órdenes. Y dirigiendo una mirada á Lola, en la que se leía un último adiós, ocultó la mascarilla y se alejó con Abelardo.—*(Concluirá.)*

CLEMENCIA LARRA.—Madrid, Diciembre de 1889.

J. I. Ferrer, 71, rue Rennes, único agente de "El Album de la Mujer," en Francia.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA MARIA.

Es verdad que tu ausencia amarga vierte
Hiel en el corazón, mi santa hermana,
Siendo á los hijos de la raza humana
Un misterio la vida, otro la muerte,
Pero no es un misterio que al perderte
En este mundo de dolor, mañana
En otro he de mirarte; ¡oh soberana
Fe que me auguras tan hermosa suerte!
Allá el sagrado amor, las paternales
Santas caricias, el perenne olvido
Del dolor y miserias terrenales,
Y al hallar el Edén, antes perdido,
La familia con lazos eternales
Junta de un cielo en el sagrado nido
A la voz del Señor el alma pura,
Que el vestido mortal toma un momento
A su santa región torna segura,
Mansión de eterno y perennal contento.
Mas la materia vil que en su amargura
Ve la esencia volar al firmamento,
El cáliz del dolor trémula apura,
Lanzando en su orfandad triste lamento.
Así lo quiso Dios; naturaleza
Su oficio ejerce, y la razón en vano
Lucha por adquirir su grande alteza:
Mas pasa el tiempo y con segura mano
El velo arranca á la tenaz tristeza,
Y la fe aclara el celestial arcano.

México.—LUIS G. ORTÍZ.—México, Febrero de 1890.

MI GOLONDRINA.

[A MARIA.]

Sigue cantando siempre, dulce avecilla,
Mira cómo te escucha
Y cómo se estremece la florecilla!
No te separes nunca, grata viajera,
Que bajo de tus alas
Revientan los rosales de Primavera.
Cuando dejas los campos y las ciudades,
Se marchitan las flores,
¡Y se ponen de luto las soledades!
No dejes mi ventana! Detén tu vuelo,
Que las ramas del nido
Cuando te vas, se agostan de tanto hielo.
Cuando vuelva el lucero de la mañana,
Cántale á mi azucena,
Que crece solitaria tras mi ventana.
Cuéntale de tus viajes sobre los mares,
De tus nidos desiertos,
De todos tus amores y tus pesares.

Cuéntale de la pena, del sentimiento
Con que miras al irte
Las hojas amarillas que lleva el viento!
Lo que al marchar escuchas todos los años
De promesas de amores,
Lo que al volver encuentras de desengaños.
Dile de aquellas almas de amor ardientes
Que dejas al marcharte,
Y que al volver encuentras indiferentes.
Dile que amor y gloria son débil lodo
Como tu frágil nido:
A mí nada me digas que lo sé todo!
Viajera encantadora, dulce viajera,
Cántale á mi azucena,
Que tal vez ya no vuelvas en primavera!
Tal vez se quede sólo tu nido abierto
Y perezcas muy lejos
Perdida entre las rocas de algún desierto.
O tal vez cuando vuelvas bella y ufana,
Esté yo en el sepulcro
¡Y seca la azucena de mi ventana!
Deja que oiga tu pío alegre y tierno
Mientras que viene
Agostando las flores el triste invierno.
Detente, que el invierno mata y aterra;
Canta otro poco
Ya que tanto se llora sobre la tierra!
Pero si al fin te marchas, sé la primera
Que llegue al nido
Cuando vuelva riendo la Primavera
No tardes, avecilla dulce y galana,
Y esperaré tu vuelta,
Con mi azucena blanca, tras la ventana.

F. de P. Sánchez Santos.—México, 1890.

PENSAMIENTOS.

Uno de los manantiales de las desdichas del matrimonio es que mientras la hija no ve en el futuro marido más que la persona, la madre ó tutor no consideran en él otra cosa que la conveniencia.—*La Rochefoucauld.*

En casándose á ciegas como hacen casi todos los esposos se parecen á un niño á quien se da á estrenar una caja de sorpresa: seducido por la novedad del juguete, el niño la acepta con placer, pero hasta después que ha jugado con él, no sabe si posee un diablo ó un querubín. —*Adolfo Ricard.*

Cuando un hombre y una mujer se han casado, termina su novela y empieza su historia.—*Rochibrune.*

La mujer coqueta que de soltera martiriza al novio, de casada martiriza al esposo.—*Abdón de Paz*

Nada hay tan molesto como un marido celoso; pero nada conozco tan humillante como un marido que no lo sea.—*Madame de Rieux.*

El marido que enseña á menudo su mujer y su bolsa, se expone á que se las pidan prestadas.—*Benjamín Francklin.*

La mayor parte de las personas recien casadas, consideran la dicha como una droga amarga; la tragan de una vez sin probar su gusto.—*Alfonso Karr.*

La amistad del matrimonio es la más santa y verdadera. — *San Francisco de Sales.*

El mundo es pequeño para ensalzar las virtudes de una buena esposa.—*Abdón de Paz.*

¡¡QUE TRISTE...!!

Cómo fascina mi alma
Esa viva luz que arde,
En el iris de tus ojos,
Con fulgores de diamante!
¡Qué hermoso, en tu frente blanca,
Tu cabello de azabache
Que al resbalar por tu cuello
En ondas de ébano, cae!
¡Qué seductora tu boca
Cuando la sonrisa la abre,
Y fulguran, como perlas,
Tus dientecitos de esmalte!
¡Qué andaluz y qué salado
Tu leve y flexible talle,
Que tiene las morbideces
De los sueños de los árabes....!
Pero qué triste, qué triste,
Que una belleza tan grande,
Que me inspira amor y miedo,
Que me rechaza y me atrae,
Ni me escuche, ni me entienda,
Ni me mire, ni me ame!

Miguel Bolaños Cacho.—Chihuahua, 1890.

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES.

Alejandro Pidal y Mon.—Véase el artículo de la página 67.

El incendio de Laeken.—El 1º de Enero del presente año, en el momento en que el Rey Leopoldo recibía en el Palacio de Bruselas homenajes de los funcionarios y de los personajes del mundo oficial, le llegó la noticia de que se estaba ardiendo el Palacio de Laeken, residencia predilecta de la familia real de Bélgica. El Rey permaneció impasible, nadie notó otra cosa sino su palidez, pues continuó saludando á las personas que desfilaban delante del trono y respondiendo con la mayor serenidad á los discursos que le dirigían Saber de repente que son presa de las llamas sus cuadros, sus colecciones de objetos de arte, sus recuerdos de familia, sus tapices, sus libros, y continuar escuchando las felicitaciones estereotipadas de año nuevo, seguramente puede contarse entre los numerosos suplicios inherentes á las envidiadas funciones de los grandes de la tierra. La Reina salió inmediatamente para Laeken con una camarera en su poney-chaise, que guiaba ella misma: su tercera hija, la joven Princesa Clementina, habitaba el palacio y en el momento en que acababa de almorzar con su aya, la noticiaron el incendio. Ya las escaleras y las habitaciones se habían llenado de humo y llevaron á la Princesa á uno de los pabellones del parque; desgraciadamente su aya, la Srita. Drancourt, creyó tener tiempo para subir á su habitación, situada en el segundo piso, á fin de recoger algunos objetos preciosos y pagó con su vida su imprudencia. Toda la armazón del edificio era de madera y el incendio se propagaba con tal rapidez, que fué imposible pensar en salvar á la desdichada y sólo cuatro días después hallaron bajo las ruinas sus huesos calcinados; tenía cincuenta y tres años de edad. Parece ser que el incendio se declaró en la chimenea de un aparato donde calentaban agua para las caballerías. El Rey había perdido sucesivamente en corto tiempo, unos diez caballos, y se resolvió que beberían agua hervida los que quedaban; ahora bien, como el aparato era grande, activaron mucho el fuego y es lo que provocó el siniestro. La mayor parte de los archivos han podido salvarse; pero hay que deplorar la pérdida de magníficos tapices de los Gobelinos y de muchos y valiosos cuadros de Van Dick, Hobbema, Ingres, Frantz Hals, Gallait, etc. El palacio, en sí mismo, no era una construcción muy interesante; fué edificado en 1782 por el Archiduque Alberto de Sajonia Leschen y será reconstruido lo más pronto posible, quizá para el otoño próximo.

Un besito al abuelito.—El abuelo ejerce una segunda paternidad más tierna que la primera; contempla á sus nietos con un entusiasmo con el que nunca ha contemplado á sus hijos; por tal motivo, los pequeñuelos se adhieren más al abuelo que al padre, ya que encuentran en aquel una tolerancia que no encuentran en éste.

"Boudoir" estilo Imperio.—Por si alguna de nuestras lectoras no conociera la palabra *boudoir*, vamos á indicarle lo que significa. Los franceses dieron este nombre desde el siglo XVIII, al gabinete de una dama, donde recibe á sus amigos predilectos. En dicha habitación coloca una señora todos los objetos artísticos, todos los *bibelots* que le son más queridos, con lo cual se convierte el *boudoir* en un museo en miniatura, en un nido lleno de coquetería y elegancia.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.

DUSSER, Inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías).

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS-UNIDOS, SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.

SUCURSAL EN LA REPUBLICA MEXICANA: DIONISIO MONTES DE OCA, Gerente general.—

Apartado 31—EDIFICIO DE LA EQUITATIVA, CIUDAD DE MÉXICO, AVENIDA ORIENTE 2 NUM. 104, 5 DE MAYO, ESQUINA VERGARA.